

María Elvira

Félix Hernández Sarría

Image not found.

# Capítulo 1

1

CIUDAD DE MATANZAS, CUBA; 1985.

La pequeña ciudad aún duerme. Las aguas de la limpia bahía baten tranquilamente el muro del malecón desierto. Los primeros rayos del sol aparecen en el horizonte, inundando con tímida claridad todo a su paso.

Y en medio de ese pacífico panorama, en una tranquila calle de un barrio tranquilo, justo en el chalet de fachada blanca y en la habitación de la planta alta, hay un durmiente: yo; que, envuelto en sábanas, sueño que nada interrumpirá este placentero sueño.

Pero la realidad es otra y un timbre me despierta de la forma más vulgar.

Busco a tientas el culpable y tropiezo con el teléfono.

-¿Sí? –musito al auricular sin entusiasmo.

-Buenos días. Le habla el Servicio Matutino. Son las 6 de la mañana...

-No es a mí al que hay que despertar –vuelvo a musitar- Es a mi padre –digo ya al tono de discar, pues el Servicio Matutino no se duerme en los laureles y ha colgado. En eso siento que levantan la extensión.

-Dígame... –dice mi padre luchando contra el sueño.

-Padre, ha llamado un amigo tuyo...

-¿Quién?

-Un tal servicio matutino. Que son las 6 de la mañana dice...

-Vete al diablo –y cuelga riéndose. Eso es lo que se dice un padre despierto.

Me sonrío por mi original broma. Y en vez de ir al diablo, voy al baño.

2

Abro la puerta y salgo al ancho mundo, acompañado de la bicicleta. Respiro el aire puro y me cuelgo la mochila de libros a la espalda. Pesa, claro está. Llevo toneladas de puro conocimiento ahí guardado. ¡Más del que pienso asimilar! Subo al ciclo y dejo que esa mágica fuerza que es la

gravedad, me conduzca pendiente abajo.

Voy disfrutando la soledad temprana de las calles y los limpios olores de la ciudad a esa hora. Es a la única hora en que huele limpia. Y para completar el efecto, tomo por la calle que bordea el río. "El atajo", como le llamo yo. El atajo en cuestión me aleja unas doce calles del colegio, pero es imposible resistirse a la tentación. Es la parte más vieja de la ciudad. Sus fachadas altas y ruinosas revelan historia.

Le encuentro una fascinación especial a esta calle. Voy sin prisa mirando cada fachada, cada pared ennegrecida por el tiempo. Ahora viene un viejo edificio deshabitado de tres altas plantas. En los bajos, el vulgo tiene un basurero. Pero eso no lo hace menos majestuoso. Precisamente aquí es donde vivo. En la última planta, para ser más exacto. Me detengo y detengo el tiempo conmigo. Sueño con que en las noches salgo al balcón y miro al río negro que corre allá abajo, mientras disfruto de la brisa que sopla desde el no muy lejano mar. Por techo, el cielo cuajado de estrellas. Me quedo extasiado. Pero mi fantasía no se detiene ahí. No estoy solo en el balcón. Me acompaña la mujer de mis sueños. Está ahí conmigo pero no logro distinguir bien sus facciones. Es que aún no la tengo terminada, pero es una mezcla entre varias famosas de modas. Y lo que sí es cierto es que estoy perdidamente enamorado de ella. La miro. Me recreo en sus grandes ojos. La acaricio con mucha ternura. Y luego la beso. Un beso largo y delicioso.

Vuelvo a la realidad. Dedicarle tiempo a la pareja es importante, pero hay que atender los deberes. Echo a andar el tiempo y continuo viaje. Si no lo hago, puede que llegue tarde.

Y como según reza el viejo apotegma "Todos los caminos conducen a la escuela", llego por fin a esta; y según lo no previsto, llego tarde. Entro resignado y me hundo en el mundo docente.

3

"El bullicio reina por doquier, adueñándose de cada rincón del amplio espacio que cohabitan la veintena de adolescentes", escribiría un rebuscado autor acerca del ruido que se eleva sobre el salón. Habla todo el mundo, y lo hace alto.

Entra una profesora y se informa sobre nuestra situación. Al conocer que el profesor de turno no ha venido, promete enviar a alguien en sustitución y se marcha. Si pretendía alegrarnos, no lo logró. El ruido aumenta, pues las cosas que quedan por decir, hay que decirlas antes de que llegue el alguien prometido. Me sumerjo con resignación en el libro que leo, que no es otro que el ordinario libro de Física, pero soy interrumpido por mi

amigo y compañero de asiento, quien también lee a mi lado.

-¿Quién fue Sófocles? -me pregunta. Yo lo miro, enarco las cejas como debe hacerse ante tal pregunta, miro al techo buscando algunos datos sobre el tema, y respondo:

-Un poeta griego.

-¿Y qué más?

Vuelvo a mirar al techo:

-Que llevaba barbas y se envolvía en una especie de sábana para vestirse...

Él chasquea la lengua descontento y vuelve a su lectura. Miro por la ventana hacia el gran patio de la escuela. Me recreo en un grupo de chicas que juegan baloncesto. Juegan fatal. Retorno al libro, pero 1 minuto y 23 segundos después, Roberto vuelve a preguntarme:

-¿Y quién fue Sócrates?

Le miro a la cara para ver si habla en serio. Sí, habla en serio. Esta vez no basta con enarcar las cejas, sino que también me arrasco la nuca. Vuelvo a mirar al techo mágico y digo:

-Un filósofo griego.

-¿Ya? ¿Eso es todo lo que sabes?

-Bueno, también llevaba barbas y se vestía con una sábana. Era lo que se usaba...

-Sí, ya -dice él no muy satisfecho y vuelve a su lectura.

Me quedo mirándolo para ver de dónde le proviene esa nostalgia por los clásicos griegos, cuando pasa por mi lado Rosa. Rosa es una gordita cuyas aficiones preferidas son hablar mucho y meterse conmigo. Ella, con toda confianza, revisa el libro que estoy leyendo y me dice:

-Muy mal debes estar cuando estás leyendo el libro de Física -y se retira.

Algo voy a contestarle cuando Roberto me ataca:

-¿Y Herodoto quién era?

-¡Qué Herodoto ni Herodoto, "broder"! ¿Qué te pasa a ti con Grecia hoy? Mi nombre es Enrique. En-ri-que. ¿Suena griego? Pues no lo soy ni sé

nada de eso. Me voy de aquí antes de que me vuelvas loco...

Después de esta descarga al fanático de la Grecia antigua, salgo del salón y trato de ver el mundo desde otro punto de vista que no sea el docente. Para la profesora de Lenguas, lo que acabo de hacer es "escabullirme" de clases. Para la directora, simplemente me he "fugado".

Consciente de que estoy violando un importante artículo del reglamento estudiantil, voy vagando por los pasillos sin rumbo fijo. Voy mirando hacia las aulas, buscando descansar mi vista en las chicas bonitas. A los 18 años a uno lo que le interesa es eso: una belleza que deje sorprendidos a todos. No importa que no pueda decir dos palabras coherentes una seguida de otra. Solo importa la fachada. Obviamente, las chicas aplican la misma política porque de las que encuentro, ninguna se digna a mirarme. Es normal, estoy acostumbrado. Sigo vagando. Pero justo allá al final del pasillo, veo al subdirector que está en plan de recoger las ovejas descarriadas como yo. Bajo discretamente al piso inferior y me dirijo al patio. Aquí hay suficiente *quorum* como para pasar inadvertido. Me siento a la sombra y me dispongo a mirar lo que puedo, específicamente una clase de deportes con chicas en suculenta ropa deportiva.

Pero no transcurren ni 10 minutos cuando se me une Roberto. Resulta que se ha escabullido también. O fugado. Y así estamos sentados hasta que termina la clase y el grupo se dispersa. Una chica en particular se dirige a 2 metros de nosotros. Allí recoge sus libros mientras me mira, y luego se marcha no sin antes dedicarme una mirada más. Pero yo no me percaté de esto. Me entero cuando Roberto me lo dice:

-¿Te fijaste cómo esa "niña" te miró?

Yo aterrizo:

-No, ¿qué niña?

-Aquella.

La miro. Ella camina de espaldas. Lo hace con un poco de timidez, como si no quisiera sobresalir. Antes de entrar mira una vez más y es cuando logro saber quién es. No nos conocemos pero la he visto otras veces. Ella es rubia, con ese tipo de mujer de poco busto y piernas y caderas generosas. No es fea e incluso se diría que es muy guapa si no fuera porque presenta una persistente acné juvenil en sus mejillas. Particularmente yo no me había fijado en ella pues siempre me he inclinado por las flacas de busto grande, influenciado maléficamente por los modelos que salen en los vídeos clipsnorteamericanos.

De momento no sé qué decir, por lo que habla Roberto:

-Esa "ninfa" está "puesta" de lleno para usted.

-No, hombre, no...

-Y no es fea, Kike.

-No, si no digo que sea fea...

-Y no tiene novio.

-¿De veras? ¿Y cómo lo sabes? ¿Ella te lo dijo?

-No, pero siempre anda sola. Además, eso se sabe. De verla caminar eso se sabe. Por ejemplo, cuando la mujer está comprometida, camina así...

Y Roberto se ha parado y me ha mostrado muy dispuesto mediante una breve interpretación escénica cómo es que caminan las mujeres comprometidas y cómo las que están solas. He permanecido atento solo por educación, y habría aplaudido si hubiera entendido la diferencia.

-Yo te voy a averiguar bien todo sobre ella –dice él a modo de conclusión, mientras se dirige a la entrada.

Yo, medio confuso, le sigo mientras pienso que en vez de averiguar sobre chicas desconocidas, sería mejor que investigara sobre la Grecia antigua, que tanto le gusta y de la que tan mal informado está.

4

Llego a la casa y veo a mi padre cocinando. Eso sólo quiere decir dos cosas: mi madre está de guardia en el hospital, o nos abandonó. Recemos por la primera.

-Hola, Gran Jefe –le doy mi abrazo de guerrero- ¿Y la progenitora? ¿De guardia?

-Hmjú.

Descartado el abandono, menos mal. Husmeo un poco.

-¿Qué es eso que parece un horrible pedazo de pescado?

-Es un horrible pedazo de pescado.

-Brr -hago y mi padre hace como si me tirara la sartén.

Me río mientras me dirijo a preparar el baño, que como ayer fue "el rápido", hoy me toca "el súper rápido".

-¿Cómo te fue hoy?

-Bien. Hoy conocí a tu "yerna".

-Nuera -rectifica él.

-Eso.

-¿Y qué te dijo?

-Nada. Sólo me miró.

-¿Y tú qué hiciste?

-Yo ni me di cuenta.

-¡Vaya! Van muy bien. ¿Cuándo es la boda?

Hora de reírme y eché una buena carcajada, mientras entraba al baño. Fue una tranquila noche hogareña.

5

Es el día siguiente y en el salón impera el relax, como siempre. Pudiera decirse que son chicos de secundaria si uno no supiera que los de secundaria son peores. Maite, allá en la pizarra, escribe: "Hay hombres que duran 10 minutos y son buenos, hay otros que duran media hora y son muy buenos...".

Si Bertold Brecht leyera eso... Yo, por mi parte, me sonríe. Incluso me sonrío. Es que aún no sé en cuál grupo estoy.

Miro por la ventana para refrescarme y de pronto veo a la chica del día anterior. Estaba muy cerca y hablaba con alguien del piso superior. Me sorprendí un poco. Nunca la había visto tan cerca. Su pelo rubio destellaba con el sol. Su pelo era rubio, pero sus cejas eran de color negro. El contraste me encantó.

De repente me miró. Su mirada era limpia y decía muchas cosas sin hablar. Cosas que no entendí pero que me llenaron de gozo. Siguió hablando y no miró más.

La vi irse, y de pronto algo cambió dentro de mí. Su fina cintura, sus suaves curvas, sus piernas bien torneadas, todo me gustaba. "Aaaaaah", grité y caí sobre la mesa, agarrándome el pecho.

-¿Qué te pasa? –pregunta Roberto.

-Estoy herido... aquí –señalé el lado del corazón.

Y en eso, de la nada, apareció Rosa:

-¿Qué ha pasado? ¿Es que necesitas respiración "boca a boca"?

-Trágame, tierra.

6

El profesor explica en alta voz pero lejos de mantenerme atento, me invade una somnolencia. El aire fresco que entra por la ventana tampoco ayuda a una me

jor atención. Los ojos se me van cerrando y es cuando me quedo dormido.

De esto me entero después, cuando suena el timbre y me despierto.

Todos recogen los libros, así que yo los imito. Roberto pregunta:

-Estimado amigo, ¿qué tiempo piensas habilitar para realizar el trabajo extraclase que recién se nos acaba de orientar?

¿Un trabajo extra clase? Este profesor es terrible. Uno cierra un momento los ojos y ya él mandó un trabajo extra clase.

-Este... -me arrasco la cabeza- habilitar un tiempo... sí... ¿qué te parece a las 2 y 34 de la madrugada?

Mi amigo sonrío decepcionado.

-No –niega con la cabeza- Mejor que sea a las 2 y 35.

Se nos acerca Maite, que en ocasiones estudia con nosotros.

-Niños –yo agradezco el sustantivo- ¿Cuándo van a hacer el trabajo extraclase?

Roberto se me adelanta por una pelusa de vocal:

-A las 2 y 34 de la madrugada, ¿no, Kike?

-A las y 35 quedamos.

-Eso, y 35.

Ella nos mira seria y su cara dice claramente que somos dos antipáticos. Se retira y nosotros nos reímos de nuestra picardía.

Salimos y nos unimos al tumulto que se avalancha hacia la puerta. La corriente nos conduce hacia afuera y una vez en la calle, montados ya en nuestras bicicletas, damos vueltas de un lado para otro, saludando algún conocido o diciendo algún requiebro a cualquier chica, aspecto este en que Roberto destaca con particular originalidad:

-Niña, ¿por casualidad no tendrás los pies planos?

O:

-Eso sí es nariz, no la porquería que tiene Pinocho.

Y cosas así, que no reciben mi aprobación.

En fin, hacemos lo de siempre: mantenernos en la misma tontería de todos los días, pero que cada día nos parece nueva.

Al cabo de 20 minutos en esta actividad y cuando estoy a punto de convertirme en el tonto número 1, Roberto se atraviesa delante abriéndome los ojos, que es cuando quiere mostrarme algo discretamente, pero que siempre lo hace de forma indiscreta.

-Ps, mira rápido, a las diez menos cuarto.

Miro a mi izquierda y no veo a nadie.

-No, a tu derecha...

-Vale, me has dicho las diez menos cuarto...

-¡Diez menos cuarto, diez y cuarto! ¿Cuál es la diferencia? ¿Discutir por media hora?

No le hago caso y miro en la dirección que me indica, y veo a la que me muerte no hace mucho. Pero no va sola. La acompaña un chico. Uno alto y flaco, de gafas. Apenas lo conozco de vista. Y lo único que sé de cierto es que es el primer estudiante de la escuela.

-¿No me dijiste que no tenía novio? –emplazo a Roberto.

Él se muestra cauteloso:

-Bueno, hasta ayer no lo tenía. Has tardado mucho, colega...

-¿He tardado mucho? No han pasado ni 24 horas desde que me dijiste que estaba enamorada de mí.

-Bueno, yo no sé si estaba enamorada de ti. Lo único que yo sé es que te miró... dos veces.

-¡¿Qué?! –digo cuando me faltan segundos para ajusticiarlo. Pero no lo hago porque veo que en la esquina la nueva pareja se detiene, hablan algo y se separan por rumbos diferentes.

-¿No te lo dije? Ataca, León -dice Roberto pero yo no lo escucho porque mi bici se ha lanzado a toda velocidad a por ella y yo, que estoy sentado encima, no tengo más remedio que acompañarla.

Tengo que tomar en contra del tráfico para seguirla. La rubia camina rápido y casi llega a la otra esquina y va a cruzar. Viene un coche y ella se detiene, mientras mira distraídamente en mi dirección, y por segunda vez se encuentran nuestras miradas. Ya ha pasado el coche pero ella sigue mirando hacia mí. Yo, por mi parte, casi voy llegando a ella. En ese momento trato de recordar su nombre, que mi amigo Roberto averiguó diligentemente para mí, pero no me viene a la mente. No era un nombre muy común. Y me parece que era compuesto. Era María... algo.

-Hola, rubia.

-Hola –responde ella con una breve sonrisa que deja entrever unos dientecitos perfectamente alineados y blancos.

-¿Vas en esa dirección? Te acompaño...

-No –dice con pena- Doblo por esta calle.

-Qué casualidad. Justo para donde voy. ¿Puedo acompañarte? Ella asiente con sus grandes pestañas, sin abandonar su tímida sonrisa. Y echamos a andar.

Avanzamos una calle sin hablar una palabra. No hay que decirlo: la culpa es mía, ya lo sé. Ella rompe el silencio para decir:

-Yo doblo aquí...

-¡Hmm! Yo también –miento con sangre fría.

Luego más silencio y avanzamos otra media calle. A este paso, no nos casamos nunca. Yo debía animarme y decir algo pero ella es quien lo hace por mí:

-Pero en realidad tú no vives por aquí...

-No, no. Por aquí vive una tía que voy a ver...

Diez segundos de silencio después:

-¿Y en qué calle vive tu tía?

Esa pregunta vale 5000 euros en cualquier programa de competencia, por lo que yo me voy por la tangente:

-¿Mi tía? Muy cerca de una chica muy guapa que se llama María... María... ¿cómo te llamas tú?

-María Elvira.

¡Elvira, era Elvira!

-Eso, María Elvira. Una rubia con mucho cuerpo –ella se sonroja un poco y mira al suelo- María Elvira déjame presentarme: yo soy...

-Enrique...

Sorprendido, hago una pausa.

-¿Cómo sabes mi nombre?

Ella baja la vista.

-Nada, he... oído a tu amigo llamarte por ese nombre...

Dentro de mí se infló un orgullo insano pero que me hizo mucho bien. Con 18 años, ya me creía cosas.

-Bueno, bueno, ya nos conocemos, así que podemos salir...

-¿Salir?

-Sí... bueno, esta es una invitación formal para salir juntos, aunque no me ha quedado muy bien. Pero dime que aceptas...

No aceptó. Y no sólo eso sino que en la otra esquina me pidió que no la acompañara más. Fue inútil insistir. Se negó casi rogándolo. Tampoco me dio explicaciones, aunque no faltaron las preguntas:

-¿Es que tienes novio?

-No, no tengo novio, pero por favor, no me acompañes más.

-¿Es que a tus padres no les gustaría?

-No, no es eso. Me voy ya.

-Pero, María Elvira, necesito saber. ¿He sido grosero? Si es así, perdóname. Me lo dices y no te molesto más. Te lo aseguro.

-No, no has sido grosero. Al contrario. Es que... es que no me conoces...

-Precisamente eso es lo que quiero: conocerte. Y tú también a mí...

Miraba hacia los lados desesperada:

-Es que... cuando me conozcas te vas a desencantar...

-¿Qué dices? Cuando te conozca no voy a querer separarme de ti. Cuéntame qué pasa, María Elvira. ¿Estás embarazada? Yo respondo por todo. Me hago cargo del niño y de la madre... -dije tratando de hacerme el gracioso, pero ella me pagó la pesadez con una sonrisa triste.

-No digas tonterías. Mira, tengo que irme. Mañana hablamos.

No debía ser, pero me dejé convencer. Como Adán y Eva con el tema de la manzana, pero esta vez sin manzanas:

-Bueno, está bien, mañana hablamos. Pero no sé si podré llegar a mañana sin verte...

Me miró nuevamente e intentó sonreír, y fue la mirada más triste y desolada que había presenciado en mi vida. Se alejó al tiempo que me dijo "Chao". Y creo que una lágrima corría por su mejilla.

Esa noche, no logré dormir pensando en ella.

7

El amanecer del día siguiente tardó lo indecible. Bueno, lo indecible... No es cierto, era decible: ¡tardó mucho! Pero no tanto como el timbre de entrada a la escuela, y a pesar de que no me despegué de la puerta ni un minuto, no vi llegar a mi ángel. Finalmente, el timbre comenzó a sonar

groseramente y todos comenzaron a entrar. No había dudas: seducido y abandonado. Resignado, entré yo también a clases.

Con el timbre del receso, no se levantó Enrique, sino Superman. La capa ondeaba a mis espaldas mientras me dirigía raudo a la salida, cuando entró un profesor al salón que me detuvo con un "¿Adónde vas?", y sin tiempo ni interés por mi respuesta, soltó un "Atiendan todos, los estudiantes que voy a nombrar tienen reunión en el Salón de Actos al terminar las clases". ¿Y a que no adivinan cuál fue el primer nombre de la lista? Bien, lo adivinaron: el mío.

Cuando pudimos salir, ya no era más Superman. Guardé mi imaginaria capamientras revisaba febrilmente en mi memoria qué delito estudiantil grave había cometido en los últimos tiempos como para que me llamaran a una reunión.

Para nada bueno eran esas reuniones.

A las 5 de la tarde, salí sin mucho entusiasmo acompañado de Roberto, quien también figuraba en la lista. De hecho, precisamente ese detalle era el que me hacía sospechar que no era para nada bueno. Nos dirigíamos adonde estacionábamos las bicicletas pues en unos minutos lo cerrarían, cuando al llegar al parking, me encuentro cara a cara con la rubia. Ella esperaba al parecer a alguien.

-¡Hola, María Elvira! -dijo mi boca fuera de control. Tanta era la alegría que me había dado. Ella se viró casi asustada:

-Hola, Enrique -me devolvió el saludo con una amplia sonrisa y, por lo que conozco del tema, también se alegraba de verme. ola, María Elvira, yo soy Roberto, por si tienes curiosidad... -se adelantó mi amigo atrevidamente.

-Ella no tiene curiosidad -le reprocho al osado, y luego me dirijo a ella- No le hagas caso, él no existe. Se trata de un holograma que pronto desaparecerá -y lo miro significativamente, pero él pone cara de tonto. María Elvira se divierte, pero de repente pregunta:

-Has venido a por la bici, ¿verdad? ¿Ya te vas? Me quedé alelado. No podía creerlo.

-Estabas aquí por mí... -dije bajito, sin dar crédito- Me esperabas a "MÍ"... Ella sonreía un poco nerviosa:

-No sé... pensé que podíamos ir juntos... y quizás encontrar la casa de tu tía -e hizo un guiño y fue el guiño más gracioso del mundo.

Yo también sonreí y le tomé sus libros diciendo "Vamos", pero entonces:

-¡No puedes! ¡La reunión! Resulta que el holograma aún estaba ahí.

-¿Qué reunión? –preguntó ella alarmada.

-¿Y si no voy? –encaré a Roberto.

Él me contestó en el mismo tono:

-¿Y si no vas? Bueno, pues no vayas...

-Oigan, chicos, de qué reunión habláis...

-Es una reunión... -comencé a decir y le conté el rollo. Quedó muy desilusionada.

-¿Me esperas? –casi rogué. o puedo –dijo con voz inaudible y negando con la cabeza.

-Chicos, tengo que cerrar –interrumpió la señora que cuidaba el parking.

Sacamos las bici. Roberto se adelantó un poco y tuve unos instantes con ella. Le tomé un dedito y era exactamente como me lo imaginaba: precioso.

"¿Te puedo ver más tarde?", y volvió a negar con la cabeza. "Mañana", dijo.

"No sé si pueda aguantar hasta mañana", y ella miraba desesperada a los lados. "Mañana", repitió. Me dio un beso fugaz en la mejilla y salió corriendo.

Yo me quedé inmóvil, mirándola irse, y cuando me repuse, e incluso hora y media después, al salir de la reunión, me frotaba la mejilla con dulzura.

-¿Te duele la muela, colega? –preguntó entonces el holograma.

-Muérete...

8Esta no fue una reunión cualquiera. Y contra mis pronósticos, no era por haber hecho algo malo. Al contrario, habíamos sido llamados por ser buenos.

-¡La manada, Kike! ¡El clan nos ha aceptado! –clamaba Roberto cuando salimos. Pero yo no estaba tan seguro.

En conclusiones, la reunión había sido para comunicarnos que habíamos sido escogidos (sí, también Roberto) para una misión muy especial: una atención personalizada a los estudiantes que pertenecían a los diferentes grupos religiosos de la ciudad. ¿Con qué objetivo? Con uno muy loable: "rescatarlos" del culto religioso al que pertenecían y darles el honor de hacer entrada triunfal en nuestra organización política juvenil, la llamada Unión de Jóvenes Comunistas, que era el paso inicial para luego pertenecer al honorable Partido Comunista. ¿Es que acaso en el 1985 se pueden pensar cosas así? Pues sí.

Era cosa sabida además, que esos estudiantes, los religiosos, eran muy buenos en el aspecto docente y seguramente ganábamos con esos "fichajes" en nuestro "equipo". Para lograr tan noble objetivo, recibiríamos asesoría de cuáles eran los argumentos religiosos de cada religión y qué debíamos argumentar para rebatirlos, y nos facilitarían una lista con las fechas de todas las festividades religiosas para intentar que esos chicos no asistieran a sus fiestas y sí a las fiestas que daría el colegio en los mismos días.

La idea me parecía, cuando menos, descabellada; y en medio de la reunión se me ocurre levantar la mano para decir que por qué en vez de ocuparnos de los religiosos, mejor nos volcábamos sobre los que no lo eran pero que tampoco eran jóvenes comunistas, antes de que se nos adelantaran los religiosos. Por lo visto, el espíritu descabellado también había calado profundamente en mí.

El que dirigía la reunión, un agente de la "Contra Inteligencia" (yo ingenuamente, me imaginaba a una agencia que iba en "contra de toda inteligencia"), se viró hacia la directora y preguntó qué hacía alguien como yo en esa reunión, que evidentemente yo no estaba a la altura de la misión que se nos encomendaba, a lo que yo aterrado respondí que había sido una mala idea mi planteamiento y que yo estaría en la trincheras que me asignara la EVOLUCIÓN, así, con mayúscula. Y no sé, pero creo que el "camarada" no quedó muy convencido.

El final fue distribuirnos en grupo que seríamos instruidos directamente por profesores guía, y al día siguiente ya tendríamos la primera reunión.

Salí preocupado de allí. Ni siquiera ver a Roberto practicando con todos los postes del camino: "¿Qué dices, que Dios existe? Pues no. Solo el compañero Fidel", me hacía sonreír.

No sé... la manada, como dice Roberto... quizás no me aceptaba de buena gana.

9 Siete de la mañana. Enrique está parado en la entrada de la escuela. A milado, la "Forever" (no hay que aclarar que esta es una marca de

bicicletachina). No hay un alma por todo esto. Pero yo espero.

A las 7:02 a.m. aparece el secretario docente, un ser del siglo XIX que siempre ha trabajado en la escuela y lleva un estricto control de las evaluaciones y asistencia del estudiantado. Me saluda cortésmente y yo respondo de forma idéntica. Y sigo esperando.

Después llegan algunos profesores que por sus caras deben estar pensando que estoy enfermo.

Los minutos transcurren lentamente, pero yo no desespero y sigo ahí. Llegó la directora de la escuela y con el saludo incluye una alusión a mi puntualidad.

-Es que me estoy regenerando, directora -explico yo. Ella asimila positivamente mi explicación, pero sus ojos dicen claramente: "¿No te estarás degenerando?".

Sonríe mientras la veo entrar. Luego reviso el reloj: 7 y 16. Pienso en lo que tendré que esperar todavía y miro calle arriba, y de pronto la veo. Está ahí, a 10 metros de mí. Yo me quedo turbado, como cuando la primera vez. Se me aceleran los latidos y un calor me inunda el pecho. Esa sensación sólo la viví con ella.

Ella, por su parte, está parada sujetando la maleta contra su pecho, mientras sonrío. Después me confesaría que disfrutaba viéndome allí parado. "Nunca me habían esperado a la entrada de la escuela", me comentaría.

Yo, cuando logro dominarme, me dirijo a ella. Quién sabe qué extraño sentimiento nos guiaba. Al tenerla frente a mí, sentí que su encanto me embrujaba. No podía dejar de mirar sus grandes ojos, suplicantes. Unos deseos inmensos de abrazarla y acariciarla me saltaban por dentro. Le rocé el cabello tierno y tímidamente, luego sus mejillas, su frente, sus cejas. Cerré los ojos y me acerqué para besarla. En las mejillas primero y luego ¡por fin!, en sus labios. Estaban deliciosamente húmedos y calientes. Me recibieron temblorosos. Fue un beso breve, irrepetible. Ella no ofreció la menor resistencia. Ni había por qué. De un amor así sólo se han conocido dos: el de Romeo y Julieta, y el de Enrique y María Elvira.

Sentí sus manos sobre las mías y susurró:

-Hay gente... la miré. En sus ojos había súplica. Cargué su maleta, le tomé de la mano y la llevé a uno de los bancos del patio.

No quise mentirle (ni podía) y le dije que era lo mejor que había tenido en mi vida, por supuesto después de aquel perrito llamado Canela que se me había perdido. Pero bueno, ya me consolaba pues la había encontrado a

ella...

Ella se reía feliz y me escuchaba. Era broma, claro está. Yo seguí y ya hablaba atolondrado:

-Te voy a proteger de todo. No te voy a abandonar ni por un minuto. Te acompaño a tu casa, y me quedo de guardia en la esquina. Y al otro día, venimos juntos a la escuela –la besé en la mejilla- Eso es hasta que nos casemos, porque cuando eso ocurra entonces...

Me mira con un extraño brillo en los ojos, y me parece que me piden que no les mienta, que ella también lo desea como yo.

-¡Enrique! –me interrumpe un grito grosero.

-Roberto... –digo sin mirar.

-¡"Brodeeer"! –sigue él.

-¿Qué? –le encaro molesto.

-¡La bicicleta! –dice abriéndome los ojos y me doy cuenta que está loco por enterarse del asunto. Yo me hago el desentendido:

-Ya está guardada con candado.

-Ya lo sé. Pero la mía no. Tú sabes que yo uso tu candado.

Me sonrío porque yo sé que él no usa mi candado, pero le lanzo la llave. Él no queda conforme: eno, me voy...

Me hago el loco. "No le hagas caso", le digo a mi novia.

-Está a punto de tocar el timbre –dice él con ganas de molestar.

Sonreímos y no lo miramos.

-A la directora no le gusta que llegues tarde.

María Elvira comienza a reírse y yo lo ignoro.

-Enrique, acuérdate de...

-¡Roberto, por favor!

-Ya, ya me voy, ya me voy... –dice mientras se marcha.

Supongo que se va muerto de la risa.

La mejor parte fue a la hora de entrar a clases. María Elvira se acerca a mirostro y pienso que me va a besar pero en vez de ello, me pregunta al oído:

-¿Esto quiere decir que ya somos novios?

-¡María Elvira! -le dije sorprendido.

-Ay, es que no estaba segura... -y se fue hacia su salón caminandocómicamente. Me quedé mirándola encantado, hasta que se giró y me sacó la lengua.

Yo le dije "Te amo" sin hablar, dedicándole mi mejor sonrisa cuando de pronto:

-¡Enrique! Era el subdirector.

-¿Tendremos la suerte de contar con usted en las clases de hoy?

-Sí, por supuesto, señor director. Lo que pasa es que me he perdido..., eso no es problema. Yo le indico -dijo el subdirector y me señaló el pasillo en dirección a mi salón.

Este hombre no tiene ningún sentido del humor.

10

-¡Enrique, levántese! -dice el profesor, pues estamos en la clase de Filosofía y me he vuelto a quedar dormido. Yo, medio aturdido, procedo a ponerme en pie.

-¿Usted recuerda algo sobre las categorías filosóficas, contenido impartido en la clase anterior? Con cierta dificultad oriento mi mente hacia la clase anterior en la que...

iefectivamente!, se habló algo sobre las categorías filosóficas. Y eso mismo respondo:

-Algo, sí.

-Muy bien. Póngame un ejemplo de las categorías "necesidad" y "casualidad".

Después de meditar, digo:

-Vea usted, profesor, para mí dormir es una "necesidad", pero que lo haya hecho en su clase, es una "casualidad".

Hay aprobación por parte del grupo, e incluso algunas risas. Desde el punto de vista filosófico, eso es funesto para mí y el profesor me lo confirma al momento:

-El ejemplo no es el más feliz realmente. Se me ocurre este otro ejemplo: yo he revisado el estado de sus evaluaciones y comprendo que para usted es una "necesidad" coger el máximo de puntuación en esta evaluación, pero si aprueba... es una verdadera "casualidad".

El grupo vuelve a reír, pero yo no. ¡Qué desgraciada "casualidad" que este profesor la haya tomado conmigo! ¡No quiero saber nada de Filosofía hasta el siglo que viene! ¡Y eso es una "necesidad"! Suena el timbre. Guardo la única libreta que tengo afuera, y sin escuchar las últimas indicaciones de la profesora, me dirijo a la puerta, pues en la mente sólo tengo dos palabras: María Elvira.

Salgo. No veo lo que estoy buscando. Busco la bicicleta y me estaciono en la entrada. Y cuando ya habían pasado 7 minutos de espera, apareció un enorme resplandor en la puerta de la escuela. El día de por sí soleado, se aclaró aún más. De repente cuanto árbol había alrededor floreció. Los pajaritos se acercaron cantando alegremente. En fin, ocurrieron todas esas imágenes poéticas porque mi reina salía por la puerta.

Yo le sonreí y ella me sonrió. Bajó la escalera con ese caminar suyo, mezclada elegancia, sensualidad y timidez. Yo la esperé venir, embrujado. Se acercó a besarme en la mejilla (había gente mirando, indicó). Nuevamente se me disparó el corazón. Luego me presentó a una amiga que la acompañaba:

-Mira, Enrique, ella es Marlén.

Voy a saludarla cuando la Marlén se me adelanta:

-¿Tú no eras el novio de Janet? mi reina se le ensombreció el rostro. Yo, mentalmente, me cagué en la madre de Marlén, y le respondí:

-¿Cómo Janet? ¿De qué Janet hablas? ¿Acaso tú crees que haya tiempo y lugar para hablar de alguien llamada Janet cuando estamos en presencia de esta diosa? El que era novio de Janet era otro que ya murió, porque desde que la conocí soy un chico nuevo -dije y le estreché las manos a María Elvira. Por su mirada entendí que me agradecía mis palabras que, si no muy profundas, al menos sí sinceras- Vamos -agregué, y la secuestré.

Esta vez sí la acompañé hasta la casa. Mejor dicho, hasta la esquina.

Másno me dejó.

-Pero, ¿por qué no, Mary?

-Porque no, Enrique. Si acabamos de conocernos...

-Así es cuando es mejor conocer a tus padres, porque al principio todo parece bueno. ¿A qué hora llegan tus padres?

-Ya están ahí.

Me extrañó que sus padres no estuvieran trabajando, pero no reparé en eso.

Después sabría lo que sucedía.

-Está todo el mundo entonces. Sólo faltamos nosotros.

Sonrió pero no aceptó. Después volvió a ponerse triste, como el día anterior.

Volvía a repetir que cuando supiera quién era ella iba a dejar de quererla, a lo que yo respondí con las mismas pesadeces y otras nuevas que inventé. La alegré un poquito, nada más. Antes de dejarla ir, la abracé con mucha ternura, la besé y le acaricié. Sea lo que sea, quería sacarle de adentro lo que le tenía. Le dije todas las cosas bonitas que se me ocurrieron, que no eran pocas.

Pareció tranquilizarse, hasta que le hablé de cuando estuviéramos juntos sintiendo que escondernos, que todo iba a ser maravilloso, pues yo iba a cuidar de que así fuera. Ella se entristeció nuevamente. Hasta lloró un poco. Tal parecía que no quisiera que llegaran esos momentos. Se fue triste, dejándome peor amigo.

Y en ese momento, mi mano derecha me golpeó la frente: ¡la reunión! Yaunque apuré al máximo a la Forever, llegué tarde. Bueno, tarde no es exacto.

Llegué cuando se había terminado.

El resto del día y la noche, hasta bien entrada la madrugada, sólo pensé en ella. Los que han estado enamorados saben de lo que estoy hablando. Me hacía mucha falta tenerla conmigo. Fue una pésima noche.

12A la mañana siguiente, repetí la hazaña de llegar temprano, pero mis esfuerzos no se vieron premiados: María Elvira no llegó temprano. Las

estrellasson así, necesitan su tiempo y su aire.

Yo, por otra parte, lo primero que hice al entrar fue visitar al profesor guía para enterarme de las novedades de la reunión y justificarme por la ausencia.

Felizmente, el profe estaba harto ocupado a esa primera hora y entrecortadamente me resumió la reunión anterior: e han asignado a un religioso para atender –me dijo, y mientras buscaba en su carpeta leía el acta de la reunión- es... dónde está lo que dice... ah, aquí está... Leticia... bueno, es una religiosa... Me dejó una hoja con los datos, con lo que entendí que habíamos acabado.

Pero lo que él no sabía es que también había acabado con mi vida.

Tenía que atender a Leticia. ¡Una religiosa! ¡Una chica, Dios mío! ¿De quién fue la estúpida idea de captar religiosos? Y si alguien se está preguntando si conozco a Leticia, le digo que claro que conozco a Leticia! Leticia es la hija del pastor de la iglesia evangélica más importante de la ciudad. Es una chica culta y preparada, habla tres idiomas, ha viajado a varios países, toca varios instrumentos musicales, ha estudiado canto, y ha ganado casi todos los concursos juveniles que se han celebrado en el colegio. Pero eso no era todo.

Para mayor INRI, Leticia es un año mayor que yo. No solo es más culta y preparada, sino ¡mayor que yo! Pregunta: ¿qué chica mayor le prestaría atención a un chico menor en el bachiller, aunque este le ofrezca la apetitosa posibilidad de dejar su iglesia para entrar en el glamoroso partido comunista de Cuba? Respuesta: ¡ninguna! ¿Y María Elvira? ¿Cómo le explico a mi princesa algo que yo mismo no entiendo? ¡Me cago en la captación de religiosos, en la manada y en el clan! Con tantas cosas en mi cabeza, me mantuve hasta la hora del receso, hora en que salí y me encontré con María Elvira. Ella se alegró muchísimo de verme, y yo también pero no fui muy expresivo.

-¿Ya estás cansado de mí? –me preguntó en un momento. Nunca! –negué rotundamente.

-Es que estás tan... así...

-No es nada... es que discutí con un profesor –mentí, pero la mentira fue peor, pues quiso saber qué pasó y tuve que inventar más mentiras, y ella lo notó.

Cuando entramos a clases, me detuvo y me echó los brazos al cuello, me besó en la mejilla y me dijo al oído que cuando no la quisiera, ella quería ser la primera en enterarse, y se fue hacia su clase. Algo le iba a contestar cuando en ese momento pasa por mi lado el profesor guía. Se

detuvo ante la escena, mientras alternaba la mirada entre María Elvira y yo. Pensé que me llamaría la atención por la demostración pública, pero lanzó una pregunta directa y acusatoria:

-Tú y esa chica... ¿tienen algo?

-¡Nooo! -negué cobardemente- Es sólo una compañera de clases... Todavía me miró un poco más, con desconfianza, y luego se fue.

Entonces me sentí el ser más ruin del planeta. Y corrí a esconderme del mundo en mi salón. Al terminar las clases, María Elvira me hizo olvidar todas las penas vividas, y sin contarle a nadie mi ruindad, me sentí aliviado. El tiempo que pasamos juntos antes de irnos a nuestras respectivas casas, fue divino y feliz.

Esa noche, su recuerdo me arropó toda la noche.

El día siguiente era viernes. En la escuela se iba a realizar una fiesta donde se darían los resultados de los mejores grupos y estudiantes. Comenzaría en la tarde y luego seguiría hasta la noche con música y baile. Al día siguiente, partiríamos hacia un camping, donde continuaría la fiesta hasta el domingo.

En mi mente, las palabras "fiesta" y "camping" prometían momentos inolvidables al lado de mi princesa.

Me levanté muy temprano y en vez de esperarla en la escuela, la esperé en la esquina de su casa. Cuando me vio se sorprendió. Casi se asustó, pues miraba hacia atrás. Cuando ya estaba cerca, corrió y se abrazó a mí.

-¡Cuánto te he echado de menos! -me dijo al oído.

Era la primera vez que hacía algo así. Primero me sorprendí. Después me sentí tan gozoso que el mundo me quedaba chiquito.

Nos fuimos juntos, hablando mil tonterías. No dejaba de mirarla. No quería perderme nada. Llegamos a la escuela y fuimos directo a sentarnos en nuestro banco. Allí inventamos el amor. Todo era importante: una mirada, un gesto, una caricia, una frase. En medio de esto, me quedo mirando a la pared junto al banco:

-¿Qué pasa? -preguntó ella, siguiendo mi mirada.

-Alguien hizo esto... -señalé con misterio hacia la pared, donde se veía escrito a cincel: "Enrique ama a María Elvira".

Lo leyó y me abrazó: Has sido tú! -y me besó de una forma que valió la

pena el tiempo dedicado a la pictografía rústica.

-¡Hoy hay fiesta, Mary! –interrumpo yo.

-¿Dónde?

-Aquí, en la escuela. Es por la noche. ¿Iremos? Se puso seria para decir en voz baja: "No".

-Pero, ¿por qué no? –pregunté con desespero- ¿El "otro" no te deja? No se rió esta vez. Continuó seria. Me acarició con ambas manos y comenzó a decir con mucha seguridad:

-Enrique, no existe ningún otro. Existes tú y sólo tú. Me has llegado muy adentro, adonde no ha llegado nadie, donde nunca creo llegará alguien más.

Yo te amo, Enrique. Te amo mucho. Tanto que duele...

Me abrazó con fuerza y le falló la voz, traicionada por un sollozo. De momento no supe qué decir. Nunca nadie me había dicho esas cosas antes.

Cuando pude, dije:

-Mary, tú eres lo más grande que he tenido en mi vida. Lo único que tengo. Y después de ti no me importa nada. Quiero dedicarte cada minuto de mi existencia. Me parece que todo el tiempo del mundo no es suficiente para estar contigo. No quiero perjudicarte de ninguna forma. Sólo quería que fuéramos a esta fiesta. No pensé que te traería problemas. Si no puedes ir, está bien. Me estás ocultando cosas. Tendrás razones. Pero quiero que sepas que puedes confiar en mí... Lo que sea... escuchó seria. Luego me besó y me pidió que no habláramos de cosas desagradables.

-¿Entonces no podemos hablar de mí? –dije haciéndome el chistoso.

-Tonto – y me besó.

Y seguimos en lo nuestro hasta que tocó el timbre de entrada.

14 Última clase de hoy. No atiendo ni entiendo nada. El profesor guía me ha dejado una hoja con instrucciones desde la primera hora, pero no tengo ninguna intención de leerlas. Sólo espero el timbre. Me pregunto si el que tiene que tocarlo tiene Parkinson y no acierta con el botón.

Pero al fin suena y yo me declaro persona libre. Salgo y no la veo. En

sulugar, me encuentro con la amiga Marlén.

-Ella ya se fue –me informa.

-¿Quién? ¿Adónde se fue? –yo no comprendo.

-María Elvira. Tuvo que irse. Me dijo que te dijera que no vendría a la fiesta pero que sí irá al camping mañana.

Sigo sin comprender. Salgo a buscar la bicicleta sin mirar atrás, a pesar del insistente llamado de Marlén.

15 Pedaleo suavemente con aires de turista. Miro distraído para una casa. Está cerrada. Continúo indiferente. Llego a la esquina y me detengo. Esta es la última vuelta que le doy a la casa. Entre vueltas y espera han transcurrido dos horas. No parece haber nadie. Decepcionado, doy media vuelta y me dirijo a mi casa. No me queda otro remedio que esperar al día siguiente.

En medio de la oscuridad de mi cuarto, y completamente desvelado, pienso en ella. Miro el reloj: las 4 y 20 de la madrugada. Hoy la noche avanza más lenta que nunca. Enciendo la luz de la lámpara y comienzo a leer uno de los "favoritos", completamente desganado. Más tarde, intenté resolver un crucigrama sin ningún éxito. Puse alguna música que no escuchaba. A las 6 de la mañana ya no soportaba la cama y me levanté.

Mucho antes de las 8 de la mañana, ya me encontraba en el punto de recogida para el camping. Por supuesto, no había nadie. La salida estaba prevista para las 9 de la mañana, hora cubana. Eso significaba que nunca saldríamos a las 9 en punto.

Fueron llegando poco a poco los estudiantes. No había prisa, se trataba de un camping. Pero María Elvira no llegaba. Después llegaron los autobuses.

Pero esto no significaba una salida inmediata. Pero yo empecé a perder las esperanzas.

Así transcurrieron los minutos. Primero las 9. Después 9 y 10. Luego, 9 y 20.

Y a las 9 y media y cuando el grupo se aprestaba a abordar los autobuses, apareció ella. Radiante como siempre. Corrí hacia ella y la abracé tan fuerte que se sonrojó. También la besé y se puso más roja aún. Le tomé la mochila y cogidos de la mano, subimos al autobús. Cuando nos acomodamos, me giro hacia mi novia pero ella, poniéndome un dedo en

los labios, pidió suplicante:

-No preguntes, por favor.

Yo accedí pero estaba intranquilo por lo del día anterior. No podía estar más tiempo sin saber. En la primera oportunidad, aclararía las cosas.

Los autobuses comenzaron a salir uno detrás de otro. Ya por el camino, ella se mostró muy animada. No quise echar a perder su buen ánimo e iba contando cuanta simpleza se me ocurría:

-¿Sabes, Mary? Un grupo de científicos descubrió cosas rarísimas en el comportamiento de las vacas...

-¿Sí? –decía ella con ingenuidad.

-Sí. Descubrieron que cuando están en cautiverio empiezan a mostrar tendencia a la homosexualidad... Sobre todo las hembras...

-¿De veras? –María Elvira no cabía del asombro.

-Sí. Y que los machos, al no poder tener contacto con las hembras, comenzaron a reproducirse solos...

-¿De verdad? ¿Y cómo es eso? ¿Cómo lo logran?

-Por masturbación. Es por eso que le llaman la enfermedad de las vacas locas...

Ella me abrazó mientras me reprochaba el aprovecharme de su ingenuidad.

Si hasta mi abuela lo decía, que yo era un bicho.

El día más maravilloso de mi vida resultó ser aquel sábado. Primero jugamos voleibol, después nos bañamos en el río, inventamos todo tipo de juegos con las balsas, y luego jugamos dominó. Ya teníamos nuestra tienda lista y mientras yo secaba las balsas, María Elvira preparaba algo de comer, en compañía de unas amigas. Al poco rato, apareció Roberto. Hacía rato que me buscaba. El mismo rato que yo le estaba huyendo. Se sentó junto a nosotros y pronto entró en confianza, es decir, comenzó sus intentos de "ligar", que a veces parecía ser Marlén, y otras veces cualquiera de las del grupo.

Más tarde, nos fuimos todos a bailar. Fue una verdadera locura la que formamos. No recuerdo haberme divertido tanto. Y no tanto por la fiesta, sino por ver a María Elvira feliz, olvidada de todo. Al principio, no

quería bailar.

“¿Por qué?”, le pregunté varias veces, hasta que me confesó que no sabía hacerlo muy bien, pero cuando se enteró que yo tampoco, se animó. Entonces bailamos y reímos hasta el cansancio.

Ya tarde en la noche, en una pausa le pregunté si estaba cansada. Me miró de una forma que no puedo describir, y asintió con la cabeza. La tomé de la mano y fuimos a refugiarnos en la tienda.

En la penumbra de la tienda, nos quedamos uno frente al otro, sin decir nada. Me sentía nervioso, era nuestra primera vez. Mía también.

Comencé a besarla bruscamente e intenté quitarle la ropa con torpeza.

Agarró mis manos y dijo:

-Espera...

Con calma, me acarició. Su caricia era un bálsamo para mis nervios exaltados. No decía nada, sólo me miraba. El nerviosismo desapareció poco a poco. Me sentí diferente, me sentí muy unido a ella, tanto que nada ni nadie podía romper esa unión.

Fue una noche increíble. Fue una fiesta de caricias, de ternura, de descubrir el amor. Todo era nuevo y al mismo tiempo conocido. Nos entendimos perfectamente desde el principio, y no hacía falta demostrarnos el uno al otro que éramos expertos, porque no lo éramos. Y eso era maravilloso.

No me alcanzaba esa noche para tenerla. Al cabo de las horas, y aún abrazados uno al otro como para que nada pudiera separarnos, mi novia se abandonó al sueño con una sonrisa de felicidad en los labios. Yo la acaricé a mi gusto, tiernamente para que nada perturbara su descanso, y en medio de este éxtasis, me quedé dormido también. No podía saber; ¡peor!, no podía imaginar, que esa sería la primera y la última vez que la tendría junto a mí.

El día siguiente se fue muy rápido, pues nos marchábamos. Hubo un cortobaño en el río, un rápido almuerzo y recoger las pertenencias.

Abordamos los autobuses y partimos de regreso. Nosotros íbamos en silencio. María Elvira iba recostada a mi hombro, que estaba dichoso por tan preciada carga. Su mano entrelazada a la mía, de vez en cuando me estrechaba fuertemente, de seguro por causa de algún mal pensamiento. Yo me apresuraba a calmarla con mis caricias y besaba su frente, surcada por una arruga de preocupación, que desaparecía poco a

poco a fuerza de ternura.

Íbamos callados, sin necesidad de palabras inútiles, ajenos por completo al bullicio de los demás. Llegamos finalmente a la escuela. Una vez allí y aún sin mediar palabras, yo tomé las mochilas de ambos y echamos a andar. En una esquina, nos encontramos con el profesor guía. Este saludó mientras me miraba significativamente. No me importó. Lo único que podía pasar es que al día siguiente me echaran de la manada. Me daba igual, esa no era mi manada.

No tenía ningún deseo de que nos separáramos, ni ella tampoco, así que la llevé hasta el río, hasta aquella calle que tanto me gustaba. Nos sentamos en el muro que bordeaba el río, y allí le enseñé mi "casa" y le conté mi fantasía. Se unió gustosa a ella, y soñamos despiertos.

Cuando comenzó a anochecer, me miró con tristeza. Yo comprendí. Todavía la abracé un poco más antes de irnos.

La acompañé hasta la puerta de su casa. Todavía puedo sentir la angustia que nos dominaba.

-Es sólo un hasta mañana... -dije yo, y sonó muy estúpido. No puedo explicar, pero ambos sentíamos que esta despedida no sería sólo hasta mañana.

-Ya, vete ya... o no voy a poder... -dijo con lágrimas en los ojos.

Me fui destrozado. Mi corazón, que digo el corazón, mi vida completa! se quedaba allá, junto a ella.

Yo caminaba de espaldas, mirándola. Ella, sin moverse del lugar, sin hacer el menor intento por entrar, me devolvía la mirada con avidez. Todavía me quedé unos instantes más en la esquina antes de verla entrar, no sin antes decirme adiós. Esa fue la última imagen que me quedó de María Elvira. El día siguiente, llegué tarde a la escuela. En cuanto sonó el primer timbre, corrí a buscarla. Iba con miedo de no encontrarla. Miedo: eso era lo que sentía.

Y mi miedo se vio justificado: ella no estaba.

-¡No ha llegado! -me susurró Marlén desde su asiento.

Volví al aula. Ese fue el peor día para mí. Parecía yo una fiera enjaulada, del desespero que me consumía.

María Elvira no llegó más tarde, ni a la hora del receso, ni después.

Nuncavino.

En cuanto salí de la escuela, fui volando más que otra cosa hasta su casa.

Estaba completamente cerrada, tanto que daba la impresión que no habíanadie.

Estuve mucho tiempo dándole vueltas, hasta que decidí tocar a la puerta. "Sisale alguien que no sea María Elvira, diré que soy el cobrador de algo, idelteléfono! O mejor, que estoy haciendo un censo y necesito verificar a todos losque viven en la casa. O mejor...". Mi mente trabajaba a tope, generando ideasinservibles.

Toqué al fin, después de mucho análisis. Discretamente primero, y másfuerte después. Nada. Nadie me abrió.

Más que desalentado, peor que confundido, me retiré a mi casa.

A la mañana siguiente y antes de entrar al aula, después de comprobar contristeza que María Elvira tampoco había venido, me tropecé con Marlén. Tuvela sensación de que no era un encuentro casual. Y estaba en lo cierto:

-Enrique... te estaba buscando... no sé cómo decirte esto...Decirme qué?  
-yo esperaba lo peor.

-Bueno, mira... María Elvira me dejó esta carta para ti... -dijo al tiempo que meextendía un sobre, que yo le arrebaté- Pero hay algo que debes saber...

-¿Qué cosa? -dije sin poder contenerme.

-Este... María Elvira... María Elvira se fue...

-¿Cómo se fue? ¿Adónde? ¿Con quién se fue?

-No se fue con nadie... O sea sí, pero no lo que imaginas. Se fue con sufamilia. Se fue del país... para los Estados Unidos. Ella no quería, pero ya suspadres habían solicitado la salida. Llevaban 5 años esperando. El problema esque el padre de María Elvira era el director de una empresa importante, perohace unos años un hermano que vivía allá murió y le dejó una herencia.

Cuando ellos fueron a hacer la solicitud de viaje, se formó tremendo "rollo". Túsabes cómo es eso: le negaban la salida al padre de María Elvira porque comoera el director de la empresa, conocía "secretos" de estado y

cosas de esas.

Entonces tenían que esperar cinco años a que cambiaran los planes de la economía y lo que "conocía" el padre de María Elvira ya fuera obsoleto. Ya se cumplió la fecha y le dijeron que en estos días le avisaban. Los casos como el de ellos es sorprendente: les dicen que no se pueden mover de la casa, y de buenas a primeras, se presentan los funcionarios en la casa y los llevan al aeropuerto, donde ya los está esperando el avión. Es por eso que María Elvira pudo despedirse. Sólo dejó esa carta para ti y...

No escuché nada más. Comencé a caminar. Sin rumbo fijo, sin noción de la realidad. Cuando tomé conciencia otra vez, estaba sentado junto al río. Abrió la carta y, no sin aprehensión, comencé a leerla. Su letra pequeña y ordenada decía que la perdonara, que no tenía valor para contarme, que lo haría Marlén. Que no me olvidara de ella, que ella no me iba a olvidar. Que no tenía la menor idea de cómo iba a ser su vida en el futuro, pero que haría lo posible por regresar a mí...

Guardé el papel y me quedé mirando las tranquilas aguas corriendo hacia el mar. Y entonces, porque ya no pude más... lloré.

15 Han pasado 20 años. Voy caminando por la calle y a la vuelta de la esquina, tropiezo con una mujer:

-Perdone, no la vi... ¡Marlén!

-¡Enrique! Nos abrazamos, claro está, pues hace años que no nos vemos.

-¿Qué ha sido de tu vida? -le pregunto.

Marlén se arregla el pelo, que ya muestra algunas canas interesantes:

-Yo terminé la carrera de... -y dijo un nombre complicado- ¿Sabes, eso que está tan de moda? Yo asentí con cara de experto pero no tenía la menor idea. Y continuó:

-Y bueno, hace tres años me casé y tenemos una preciosa niña... ¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida? estoy trabajando como Ingeniero Jefe en... -y mencioné mi lugar de trabajo, que era más nombre que otra cosa- Y también me casé, y tengo dos... niña y niño... Por parejas es más divertido... Marlén se sorprende y quiere saber cómo lo logro con dos niños en los tiempos inciertos que vivimos, y yo le doy la única respuesta posible: "¿cómo lo logro? No lo hago".

Pero a cambio, agregué, tenía otras satisfacciones que solo los niños pueden dar (Marlén afirma efusivamente con la cabeza) y comienzo entonces mi repertorio de chistes sobre mis hijos, el que me he preparado para que la gente piense que tengo dos niños descendientes directos de los

ángeles en vez de los diablitos que son, pero Marlén, que me estudia sin escuchar, me interrumpió:

-¿Qué tienes que hacer ahora?

-¿Yo? Tengo que ir... -comienzo a decir.

-¿No puedes ir a mi casa ahora? Yo miro a los lados:

-Bueno, no sé si será correcto... qué pensarán los vecinos...

-No cambias, ¿verdad? En serio, acompáñame...

-Bueno. Total, se habló del gran Jesús Cristo, no se va a hablar del pobre Enrique -y le escuché reír.

Echamos a caminar juntos, hablando de nuestras vidas. Llegamos a su casa después de una breve presentación de su corta familia, me dijo:

-Siéntate, ahora regreso... obedecí y me preguntaba qué estaba haciendo allí, cuando apareció de nuevo. Esta vez con un paquete en sus manos.

Se sentó frente a mí, abrió el paquete y sacó una foto grande que me extendió. Yo la tomé y de momento no supe qué decir. Así de impactado estaba:

-María Elvira...

-Me la envió hace unos años... -dijo al tiempo que me daba una carta.

La abrí lentamente y comencé a leer. Hablaba de cómo le iba: que había terminado su carrera de doctora, que se había comprado un piso... y que estaba haciendo los preparativos para casarse. La noticia me dolió, y Marlén lloró.

-Lee por detrás -dijo.

En la cara posterior había una posdata: "¿No has sabido nada de E? Búscalos, por favor."

-No sabía dónde encontrarte, imagínate... -dijo apenas Marlén.

Yo, por mi parte, comencé a experimentar un gozo: María Elvira había preguntado por mí. Había enviado por mí. No me importaba si esa "E" era la fórmula física de la energía de los cuerpos. Para mí la "E" era de Enrique. Y Enrique era yo.

Miré a Marlén y le di las gracias en voz baja.

Salí de su casa pensando mil cosas. Gozoso por haber tenido noticias por primera vez en mucho tiempo de María Elvira. Y triste, porque un buen amor se había perdido, por la estupidez y el capricho de hombres que tienen el destino de miles de personas en sus manos, y ni merecen ese poder ni saben cómo administrarlo.

Rabioso también, porque nuestras vidas se separaron y nunca más volvieron a unirse.

Camino presuroso sin rumbo, hasta que comprendo que estoy junto a nuestra vieja escuela. Entro sigiloso y me dirijo al patio, a uno de los bancos.

Junto a este, en la pared, una inscripción casi ilegible que varias capas de pinturas y reformas no han podido borrar: "Enrique ama a María Elvira". Toco la pared húmeda y me siento triste.

Me dirijo a la salida. Me detengo junto a la escalinata donde una vez le esperé. Miro hacia arriba pero los pájaros no cantan y no se ve ningún resplandor. Es que María Elvira ya no está más.

Continúo mi camino lentamente, pensando en ella. Y mentalmente, rezo una breve plegaria, deseando que mi gran amor sea feliz, donde quiera que esté.

FIN